



DON PEDRO ATANASIO BOCANEGRA.

El grabado que antecede es copia del retrato del pintor granadino D. Pedro Atanasio Bocanegra que en certámen publico trazó D. Teodoro Ardemans, perdiendo el artista de Granada, por consecuencia del vencimiento, honra y vida.

Las tradiciones de Machuca, que pintaba por la manera de Rafael, la correccion en el dibujo, la esforzada inspiracion de Alonso Cano, maestro de las tres nobles artes, la hermosura de color que Pedro de Moya habia adquirido en sus largos viajes de soldado estudiando á Wapdick, el estímulo de las exposiciones religiosas del día del Corpus, superiores en mucho á nuestras raquíticas exposiciones administrativas de hoy, la proteccion de la nobleza á los que ahora llamamos artistas, y los monumentos religiosos que por aquella época levantó la piedad de los fieles de la capital del reino granadí, adornándolos con toda la pompa del culto católico, todas estas causas, obrando en diverso sentido, contribuyeron á la creacion de una Escuela de pintura diferente por la idea y por la manera de las escuelas mas célebres de España, de la sevillana principalmente, con la cual suelen confundirla los desmemoriados, los poco reflexivos y los tasadores de fama al vuelo y de corrida. Y no les servirá de disculpa su amor nativo á la patria, que si honra y prez intentan ganar para Sevilla, Madrid ó Valencia, pierde la España que mas se ennoblece con la fecundidad y variedad de la inventiva de sus hijos.

A esta escuela granadina pertenece el pintor Atanasio Bocanegra, menos conocido de lo que merecen sus obras, y cuya dramática vida voy á trazar en bosquejo (1). No será esta em-

(1) El *Diccionario histórico de los mas ilustres profesores de las bellas artes en España* compuesto por D. Juan Agustín Cea Bermúdez (Madrid,

presa en mi juicio sin provecho de la historia del arte, porque podré allegar noticias tan entretenidas como nuevas, y tal vez rasquee reflexiones que tengan aplicacion en nuestros días.

En el año de gracia de 1638 nació en Granada D. Pedro Atanasio Bocanegra, oriundo de ilustre familia, tal vez proveniente de aquellos Bocanegras venecianos que vinieron á España despues que uno de sus parientes alcanzó la suprema dignidad de Dux.

En 1652 cuando Atanasio (que con este nombre se le conoce en Granada) pensaba en ser hombre, tomó posesion Alonso Cano, de una racion en aquel cabildo catedral; pues siempre tuvo el catolicismo de par en par las puertas de la recompensa para todos los que sobresalian por su ingenio, sirviendo así de compensacion á las viciosas instituciones políticas de aquellos tiempos.

En aquel gran taller del piso primero de la torre de la catedral, donde Alonso Cano pintó las obras maestras que hoy son admiracion del inteligente, allí tomó sus primeras lecciones Bocanegra, llegando á ser aventajado entre los discípulos del racionero.

Pintor ya, nuestro héroe, vió las obras de Pedro de Moya, que tanto habian llamado la atencion en Sevilla y que fueron causa de que Murillo se estimulase á grandes empresas, y co-

lbarra — 1800) en sus artículos respectivos; *El Museo Pictórico y escala óptica* etc. de D. Antonio Palomino y Velasco (Madrid, viuda de D. Juan García Infanzon — 1724), tomo 2.º; *Las ordenanzas de Madrid* etc. por Don Teodoro Ardemans (Madrid, Doña Maria Dávila — 1830); el *Manual del artista y del viajero* en Granada por el autor de este artículo y algunas notas recogidas aquí y acullá son las fuentes históricas de este bosquejo.

23 DE MARZO DE 1856.



mo la gracia avandicada del nuevo maestro granadino, su porte de soldado y su trato con la nobleza le hacían mas simpático á la juventud, casi todos los discípulos de Cano, y los primeros Atanasio y Juan de Sevilla, se pasaron á su bando sin pena del misántropo Alonso, que reconociendo el mérito de su paisano solía decir con la ruda franqueza que le era característica: — «Aprended á dibujar conmigo y luego á pintar con Pedro.» —

En 1666 murió Moya y un año despues Alonso Cano; Don Pedro Atanasio, tenía entonces veintinueve años y se encontró sin mas rival en el arte que el sombrío Juan de Sevilla, cuyo carácter receloso cuadraba mal con las costumbres galantes de aquellos tiempos.

Pintó entonces muchas obras religiosas, y era singular su fama para los retratos, esencialmente de las damas, á las que realizaba en hermosura con gran contentamiento de las favorecidas: he visto en una galería de familia dos que recuerdan á Wandick, y algun conocedor inglés ha tomado uno de estos lienzos por obra de aquel insigne maestro.

Ganó muchos doblones, dióse gran porte, sacó á plaza su nobleza, y su casa era un bateo continuo de refrescos y saraos, á los que asistían los oidores, los canónigos, la gente de armas y los hidalgos.

Pintó á competencia con Sevilla unos grandes cuadros para la catedral y los adornos suntuosos de la plaza de Bib-Ramla en la festividad del Corpus, así como los asuntos alegóricos de la vuelta interior: las disputas de uno y otro bando sobre el mérito de los dos rivales se agriaron tanto, que hubo mas de una danza de espadas, tomando parte los frailes y el pueblo, esencialmente el gremio de la seda por Juan de Sevilla, y los hidalgos y las damas por D. Pedro Atanasio Bocanegra.

Lleno de orgullo con estos triunfos decidió pasear su gloria por toda España y se fué á Sevilla; pero antes pintó para la capilla particular del palacio arzobispal un cuadro que representa á Santa Justa y Rufina, donde retrató á sus dos queridas, garza la una y tipo perfecto de la morisca granadina, y la otra blanca y rubia como unas candelas: es de lo mejor que he visto de sus manos; reúne todas las bellezas y defectos de su género, admirable como estudio del natural; pero sin profundidad en la idea y muy distante de los principios de la estética cristiana.

Llegó á la patria de Murillo, cuando este gran maestro estaba en su apogeo; así es que solo pintó allí retratos no mereciendo grande aceptación, y vino á Madrid muy recomendado por la nobleza granadina.

Jordan, especie de Lope de la pintura, llevaba entonces la palma con su prodigiosa fecundidad, su barroquismo y á veces con sus obras admirables; vivían Claudio Coello y Donoso, y habia otros mas mozos de grandes esperanzas. Atanasio doblegándose ante el sol resplandeciente, regaló pinturas á los principales señores de la corte, y un D. Cristobal de Ontañon, trujiman de aventureros, zurdido de famas y entremetido como el que mas, se hizo grande amigo del artista de Granada y voceaba por todas partes su habilidad.

El marqués de Montalvo y el de Mancera, su paisano, le proporcionaron á Bocanegra que pintase para palacio un gergolífico de la justicia, y fue nombrado pintor de S. M. *ad honorem* en 15 de setiembre de 1676.

«Tenia gran ventolera nuestro Atanasio, y con el título de pintor del rey, ya le parecia estaba canonizada de suerte su habilidad, que en el mundo no tenia igual; y así despreciaba á todos los pintores de Madrid en que yo le iba á la mano, por paisano y por amigo (porque antes de conocernos nos habiamos comunicado por cartas) y solo decia que cedía á Lucas Jordan.» Esto refiere Palomino, y he trasladado las palabras porque retratan perfectamente el carácter.

Vivia entonces en Madrid un pintor llamado Matías de Torres, mozo altivo, aunque de condicion humilde, que tocaba todos los géneros, y con trabajo y constancia habia llegado desde pintor de ferias hasta profesor acreditado. Aunque discípulo de Torrino tomó luego el estilo de Herrera, y exagerando el partido del claro oscuro iluminaba la figura principal y lo

demás dejábalo á oscuras, tanto que viendo un cuadrito de San Diego donde habia un brazo de un pobre tocado con brio, y lo demás tan rebajado que se perdía con la tenue luz del templo, preguntóle un su amigo al pintor Solís. — «Qué santo es este.» — Y con gracejo contestó el otro: — «S. Brazo.» — de lo cual se hizo mencion en los mentideros de la villa, y casi quedó de mote á Torres. No se guardó Atanasio de comentar la anecdotilla, supolo D. Matías que era hombre de brios, y fiero como todo aquel que ha ganado su puesto con laborioso empeño, y envió un cartel de desafío al granadino provocándole á pintar y dibujar de repente dándose asuntos el uno al otro, y presenciando el certámen testigos acreditados; concluía: — «Aunque decís, Sr. D. Pedro, que solo teméis á Lucas Jordan, y no á pintar alguno de España, yo que soy el menor de todos espero desengañar vuestra vanidad.» — Turbóse Atanasio, y recelando del éxito, acudió á D. Pedro de Toledo, en cuya casa estaba alojado, y como este era su anfitrión, su amigo y paisano, tomó por insulto grave el que se provocase á su huesped estando en la casa de un consejero como S. S. Llamó, pues, á un alcalde, y quiso hacer caso de justicia el ardimiento de D. Matías de Torres: este pregonaba luego que lo supo que se veria condenado á galeras, pero no vencido; y mediando gente de mas juicio calmáronse el consejero y el provocador, y nuestro Atanasio volvió á Granada corrido aunque jactándose siempre de ser el segundo despues de Jordan, y por consiguiente el primer pintor de España (1).

En su ciudad natal Juan de Sevilla, tenia gran popularidad, y D. Pedro, á pesar de su nuevo carácter, no logró el mismo laureo que en tiempos anteriores; pintó sin embargo un gran cuadro de la espiracion de Jesus que hoy se halla en la catedral en el paño de muro cercano á las salas capitulares, cuyo lienzo, aunque perdido por la mano torpe de los restauradores, es todavía la mejor y mas correcta de sus obras.

Corría el año de 1688, y D. Teodoro Ardemans arquitecto y mas inteligente en la construccion que de buen gusto en el trazado, fué á Granada á oponerse á la plaza de maestro mayor de la catedral, con el encargo especial de cerrar la bóveda de crucería del coro. Hijo de soldado el matemático, y guardia de corps en sus primeros años, tenia pronto el genio y el hablar libre; pintaba bien como discípulo aventajado de Claudio Coello, sabia el lance de Matías de Torres, y las premáticas y las ínfulas de D. Pedro Atanasio, y con el hervor de los veinticinco años, desocupado y atrevido, desafió á pintar al granadino; y como tenia fama en la ciudad de retratista, le propuso en el cartel retratarse los contendientes de improviso. Los partidarios de Juan de Sevilla apoyaron á Ardemans que ya era conocido por algunas pinturas, y D. Francisco de Toledo, hermano de D. Pedro el consejero, ofreció su casa, mas cuerdo y menos apasionado que el primogénito, ó creyendo tal vez con Bocanegra que era seguro el vencimiento.

Citóse día, nombráronse padrinos y jueces del campo, y se reunió en casa de Toledo lo mas escogido de la sociedad granadina en artes, letras, ciencias é hidalguía. Ardemans sin cortar se, apenas entrado, saludó á la concurrencia, y poniéndose delante del caballete, sin colocar la figura, sin tantear ni aun con el pincel, comenzó á meter colores, y en poco mas de una hora hizo la cabeza con tal verdad, que excitó la admiracion de todos; pues no parecia sino que el pintor granadino se asomaba por el centro de la tela. En tan breve tiempo y con tales condiciones no se podía hacer mas. El grabado que va á la cabeza de este bosquejo, como su inscripcion lo indica, es copia de aquel cuadro que concluido por otra mano se halla en el palacio arzobispal de Granada con esta leyenda por detras en caracteres pintados al oleo y muy legibles:

«Retrato de D. Pedro Atanasio Bocanegra que pintó D. Teodoro Ardemans en desafío que le costó la vida: es el mismo que

(1) El pobre Matías de Torres que se dedicó despues á la miniatura con acierto, cargado de hijos y de años, perdida la fiera con las pesadumbres y los contratiempos, murió consumido de laceria á los 80 años, sin lograr siquiera el consuelo de ser admitido en el hospital general!



*paraba en poder de Don Simon Costela, Beneficiado de la Magdalena (1).*

Vista tal presteza y habilidad, enmudecieron los parciales de Atanasio, y á él se le debieron enmudecer los pinceles, como dice uno de sus biógrafos, pues aplazó para otro día el ejecutar el retrato de D. Teodoro Ardemans.

Fuese alargando el término, y no pareciendo bien á D. Francisco de Toledo la tardanza, citó para día determinado; pero pasada la hora, y cuando el esperar traía la impaciencia y la murmuración desbocadas, entró un canónigo y dijo: — «D. Pedro Atanasio Bocanegra acaba de entregar su alma á Dios.» — Lo cual produjo general consternación entre los circunstantes, que se retiraron silenciosos. Desgraciado fué Atanasio en sus contiendas; pues una le costó la fama, y otra la vida ó á lo menos en mala ocasión le cogió la muerte (2).

De 1688 á 1689 fué este suceso, y en verdad que no era Ardemans mas pintor que Atanasio; pero le cogió la vez como mozo, y viéndose humillado el granadino á los cincuenta años y en su patria receló del certámen.

Muchas obras hay públicas y de particulares en Granada de este pintor; designarlas no cabe en nuestro propósito; en Madrid quedan algunas atribuidas á otra mano.

Poco dibujante, apegado al aplauso del vulgo y rebelde á las saludables críticas de los maestros, D. Pedro Atanasio Bocanegra, á juzgar por sus obras, se asemejaba mucho á ciertos pintores de la escuela francesa degenerada de hoy, escuela que no deja de tener sus sectarios en España.

Falseaba la naturaleza, y aunque era buen colorista, hacia profusión de las tintas bonitas, de los difumados y de las plumas, gasas y trajes de luces, destruyendo la severidad de sus cuadros religiosos un tanto mundanos siempre.

A pesar de estos defectos, ni Wanloo, ni Dubuffe, ni Winter-Altier, ni Diaz pueden ponerse á su lado, porque es muy superior á todos ellos y merece mas bien colocarse entre la categoría de los genios, como Góngora y Guarini.

Después de su muerte la escuela granadina apenas tuvo brillo, sino á relámpagos; hoy no queda ni sombra de aquella gran gloria: en la academia de aquella ciudad no se acuerdan de copiar lo bueno de estos maestros, y corren tras de otros modelos bastardos y de menor valimiento.

J. JIMENEZ-SERRANO.

Escrito este bosquejo recibo la siguiente partida de sepelio, que me ha remitido, después de muy enfadosas diligencias, D. José Salvador de Salvador, mi amigo querido. Corrige el documento que copio algunas fechas de todos los biógrafos y nos revela que D. Pedro Atanasio Bocanegra fue casado y viudo.

Como colector de la iglesia parroquial de S. José de esta ciudad, certifico: Que en el libro quinto de entierros de la suprimida de S. Miguel unida á esta, al folio tres, se halla la siguiente

**PARTIDA.** D. Pedro Atanasio Bocanegra, marido que fué de Doña M.<sup>a</sup> de la Chica, falleció en diez y siete de Enero de mil seiscientos y ochenta y nueve, testó ante Cristóbal de Castañeda su fecha y fecha del codicillo y testamento, en diez y siete de dicho mes y año, por el cual manda se digan por su alma mil Misas, que sacada la cuarta las demas á voluntad de sus Albaceas, manda enterrarse en su Parroquia de Sr. Sn. Miguel de donde es feligrés, nombró por sus Albaceas al doctor D. Fran-

(1) Palomino dice, después de contar el lance, hablando de este retrato.... «Yo lo ví en poder (de un Beneficiado de la parroquia de la Magdalena, D. Simon Costela) el año de doce cuando estuve en Granada, y al instante le conocí habiendo pasado veinte y seis años, desde que le había visto en vida; y en lo dibujado y pintado no se podía hacer mas sin haberle vuelto á tocar, sino cosa muy poca.» — Esto confirma la identidad del cuadro cuya importancia yo descubrí muy de muchacho, curioseando por aquellos rincones.

(2) Cuando arrastraba hortalizas en los claustros de la universidad granadina, el autor de este bosquejo pergeñó una novela sobre este suceso que se imprimió después con el título de *El retrato*: así la olvide el público como yo la olvido para tranquilidad de mi conciencia.

cisco Ruiz, noble Arcediano de la santa iglesia metropolitana de esta ciudad de Granada, y á Doña M.<sup>a</sup> de la Chica su muger y al doctor D. Miguel de Jonseca, Cura de la Parroquia de Señora Santa Ana y al maestro D. Gomez de Balboa, cura desta iglesia de Señor San Miguel, nombró por sus herederos á sus hijos y hijas, dijosele misa y vigilia y novenario de misas rezadas. = M.<sup>o</sup> Balboa.

Está conforme con su original á que me remito. Granada, once de Marzo de mil ochocientos cincuenta y seis. = Nicolás Rivero.

## PARIS FISICO Y MORAL

*estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.*

(Continuacion.)

### III.

Decíamos que el español ha llegado á París bajo los peores auspicios con que podia ingerirse en la gran ciudad: con los auspicios de extranjero. Todos los franceses se han declarado amigos de su persona; pero todos los franceses en masa se han declarado á la vez enemigos de su bolsillo. Todos le consideran inglés.

Sucede en Francia con respecto á los que hablan un idioma extraño lo mismo que en España, con la sola diferencia de que nosotros tenemos á todos los extranjeros por franceses, y ellos nos toman por ingleses sin distincion. — «El caballero inglés querrá lavarse, — el caballero inglés querrá vestirse, — el caballero inglés querrá comer, — el caballero inglés querrá salir;» — y lo que anhelan los franceses con esto, es que el caballero inglés quiera gastar dinero.

Sobre todo, en la época de la exposicion universal de la industria, habíanse figurado que les tocaba la expoliación universal con la industria. Ello es que sin perder pié ni pisada seguian al extranjero por todas partes, exprimiéndole los bolsillos como es uso de siempre y con mas el aditamento ó plus de la exposicion. Las casas, los comestibles, el servicio, y los ramos de lujo, de recreo, de espectáculo, todo debía experimentar gran subida de precio, porque se estaba en la época de la exposicion; y á la exposicion universal de París debían acudir todos los nacidos.

Ya tendremos ocasión de notar la absurda petulancia de los franceses y el presuntuoso exclusivismo que les domina; presuncion y petulancia tales, que si alguna vez llegase alguna legión extranjera al pié de sus murallas, así fuese salida del centro civilizador de Alemania, exclamarían cual otros parisienses de la antigüedad: — «Los bárbaros están á las puertas de Roma.» — Contentémonos mientras tanto con saber que desde un mes antes de la exposicion, había subido de precio la propiedad de París; esto es, que hasta al dueño de la tierra y de la casa, perceptor el mas lejano del movimiento comercial del mundo, había llegado la hinchazon producida por la cuña del palacio de la industria. — Dicho se está, por supuesto, que los franceses se equivocaban esta vez, como otras tantas se han equivocado. Pero vayan ustedes á decirselo.

Hubiese ó no el consumo que esperaban; hundiéranse ó no los techos bajo la pesadez de los curiosos; alcanzara ó faltase el aire á París para respirarle, ello es que todo debía estar muy caro, porque se aproxima la época de la exposicion.

La falta de consumidores, sin embargo, intentaron resarcirla con el mayor consumo; para lo cual hicieron el siguiente raciocinio: — Si mil extranjeros, por ejemplo, á vaso de agua al día, iban á consumir mil vasos, toda vez que no han venido mas que ciento, es necesario que cada uno se beba diez.

Toquemos los resultados de este discurso.

— El caballero inglés querrá bañarse; — le decía un camarero.



— Sí señor; — contestaba el inglés. (Allí se dice señor á todo el mundo.)

— Pues puede pasar al baño cuando guste.

Sobre el espejo de su baño leía el caballero inglés esta inscripción:

«A pesar de que el precio de un baño simple no es ordinariamente mas que un franco, mientras dure la exposicion, y atendiendo la *carestia general*, se pagará por el mismo un franco y veinticinco céntimos.» (Cincuenta por ciento mas.)

— Quedamos enterados: — murmuraba el inglés; y se bañaba.

Pero apenas estaba en el agua, venian á preguntarle si queria ya el refresco; á lo cual, por si es costumbre, nadie deja de contestar que sí, mayormente si con tal amor se le regalán.

Tomaba su refresco.

— El caballero tocará la campanilla cuando desee salir.

El caballero sonaba.

— Aquí están las ropas exahumadas, — decíanle.

Y desembarazaba el sirviente un peloton de ropa, entre cuyas piezas mayores podian contarse las que siguen: una sábana, un gorro, unos pantuflos de algodón en rama, una tohalla fina, otra mas gruesa, una enorme esponja y un capoton de bayeta blanca, todo tan calentito y oloroso, que el caballero inglés enloquecía de gusto.

— ¿Va á tomar el señor aquí mismo el chocolate, ó se le sirve en el salon?

Aquí lo tomaré, — decia el infeliz, admirado de tanta prolijidad, tanta precision y tanta baratura. Ya entonces se explicaba lo de la carestia general.

Tomaba un cuarteron de chocolate (no se toma menos en Francia) con su pan tostado y sus bizcochos, tirábase su vaso de agua fresca, refocilábase, vestíase y á la calle.

Mas antes de salir entregábale atentamente el camarero una preciosa carta litografiada, cuyos intersticios manuscritos decían de este modo:

*Cuenta del señor N.*

	Fr.	Cént.
Por el baño sencillo. . . . .	1	25
Por jabones, pomada etc. . . . .		25
<i>(El pobre inglés los habia visto en el tocador, pero no los habia usado.)</i>		
Por las ropas exahumadas. . . . .		25
Por un refresco. . . . .		25
Por un chocolate doble con pan, bizcochos y emparedados. . . . .	2	25
Total. . . . .	4	25

NOTA. «Los camareros no tienen mas salario que las propinas de los señores.»

De donde resulta que el caballero inglés tenia que dar á la linda señorita (siempre linda) encargada del cobro en el mostrador de ébano que hay á la puerta, un napoleon, las gracias y vuelva V. por otra.

Bañado ya, necesitaba el extranjero afeitarse; para lo cual escogia por lo comun uno de esos infinitos establecimientos del ramo, en cuyas puertas se lee: — «Se habla inglés» — «Se habla alemán» — «Se habla español» etc., aun cuando despues no se halle en casa el dependiente parlador del susodicho idioma. — El caso es que atraído por ese ganecho, entraba en la peluquería.

— ¿Tendrá la amabilidad el señor de decir en qué podemos servirle? — le preguntaban.

— Quiero afeitarme; — respondia.

— El señor se tomará la molestia de sentarse aquí.

Y ya sentado, cubriánle el cuerpo y hombros con blanquísimos paños, pedíanle dos ó tres perdones por la incomodidad que no le causaban, y previos cuatro golpes de brocha mojada en agua fria (nunca caliente) y otros tantos pasos de navaja, no siempre muy al pelo, desollábanle de lo lindo en menos tiempo del que se necesita para contarlo. — Eso sí; malo, pero poco.

— El señor me permitirá que le advierta, — decia el jóven afeitante, — que su cabeza no está todo lo limpia que fuera de desear; por cuya razon yo me atreveria á aconsejarle que sufriese mis molestias un segundo, mientras tengo la honra de esclarezcerle el casco.

Avergonzado el extranjero por tamaña censura, no tenia mas remedio que condescender sin réplica; aunque de no haber condescendido se le seguia la misma cuenta, pues el dependiente que todo lo esperaba menos el asentimiento de la víctima, habia derramado ya sobre su cabeza un frasco de agua de quinina asaz pestifera, y armado tal belén entre los cabellos con dos enormes cepillos de esparto agitados en todas direcciones, que no decimos la caspa, sino hasta el cuero cabelludo, y hasta la masa huesosa de su cráneo, podian haberse levantado y esclarecido con primor.

La operacion, aunque inhumana é impía, dura pocos momentos; así que, aun cuando el extranjero hubiese tratado de renunciar á tanta pulcritud, temiendo ver salir su sesera entre los espartos, no habria tenido lugar de imaginarlo, cuando ya sentia cubierta su cabeza con un paño caliente y exahumado cuyo perfume le atacaba los nervios de la memoria.

Secarse la cabeza y percibir el olor de cuerno chamuscado, es todo uno para el infeliz que se sienta en aquel potro; porque es tal la ligereza de los mancebos, que sin decir «ahí voy», rodean de sortijillas el rostro del paciente, á pesar de sus protestas y negativas. — El hierro en este caso (dicen ellos) es una consecuencia natural del fregatorio.

Interin se practica esta tercera operacion, preguntan una vez, siempre con la cortesania de costumbre, si el agua de quinina ha parecido bien; á lo cual contesta el extranjero que sí marcialmente.

Extiéndenle pomadas y esencias, péinante al tenor del último figurin, empanan sus pañuelos en colonia, le cepillan, le asean y hasta le sacan alguna mancha de su levita. ¿Qué mas pudiera desear?

Va á marcharse, y cuando se encara con la graciosa señorita (siempre graciosa por lo menos) que tras del mostrador de palo santo recibe el precio de la obra, ve que esta le entrega, acompañando á la accion una sonrisa amable, un gran frasco envuelto en primorosos papeles, un ejemplar del catálogo de su perfumería, una targeta de la casa, y una cuenta concebida en estos términos:

*Cuenta del señor N.*

	Fr.	Cént.
Afeitado. . . . .		50
Corte de pelo. . . . .		50
Limpieza de cabeza. . . . .		40
Rizado. . . . .		50
Pomadas y esencias. . . . .		40
Un frasco de agua de quinina. . . . .	2	55

que suman un total de cinco francos menos quince céntimos, amen de la preciosa copa de plata, que, fija en el mostrador y enseñando por la parte de arriba una hendidura propia para meter monedas, está como diciendo al parroquiano: «Los mancebos no tienen mas salario que la propina de los señores;» y en la cual sepulta el extranjero el resto de su napoleon. — Cuenta corriente.

Pero vamos á buscarle casa.

IV.

Las fondas de París son excesivamente caras; entendiendo por fonda la casa en que se vive y se come. Estos establecimientos, muy raros en la gran ciudad, solo sirven al viajero para albergarse las primeras horas, interin busca y halla la habitacion independiente que es de costumbre en los solteros.

Apenas informado de la cruel expoliación que está sufriendo, y de la manera cómoda y barata en que puede vivir, se lanza, si no es un potentado, en busca de su acomodo, ó sea gabinete con alcoba, mas ó menos lujoso segun la calidad del



barrio en donde se halla y de los muebles que le adornan; aunque baratísimo y bueno casi siempre. Allí instalado, dueño absoluto de su estrecho dominio, en relaciones solo con su portera, y cada quince días con su patron, ejerce esa vida aventurera y anómala que se usa en París, almorzando hoy aquí, comiendo allá, dejándose destrozarse la ropa por falta de costura, y cuidándose solo cuando enferma.

Esta costumbre, generalizada en Francia hasta el extremo de que en todas las casas haya habitaciones que alquilar, es un elemento tan favorable á la corrupcion pública, como contrario á la idea de la familia. El hombre así arreglado, piensa menos en buscar afecciones del corazon que entretenimientos mundanales para distraer su soledad. Poco apegado, por fuerza, á la vida de su casa, en donde todo lo tiene visto y hecho en un minuto, se entrega á la vida de la calle, que le han adornado por lo mismo con todas las galas de la seduccion.

En nuestra pobre España, país para muchas cosas muy dichoso, en medio de su general desdicha, propendemos por el contrario á la vida doméstica, y por consiguiente anudamos y estrechamos por do quiera vínculos familiares, aun en la casa

donde no pensamos estar mas que de paso. Y esta costumbre hospitalaria y patriarcal, á la vez que refluye en nuestro beneficio endulzando la ausencia de las personas queridas, produce en mas de una ocasion relaciones y amistades siempre útiles, cuando no tal consorcio entre la patrona viuda y el aprendiz de cirujano, ó entre el estudiante de farmacia con la hija del capitán indefinido que limpia las botas de sus huéspedes. Ello es que en París puede vivirse largos años sin tener afecciones verdaderas, mientras que en Madrid seria necesario ser de bronce para no querer á alguien á las veinticuatro horas de llegar.

Dejamos, pues, á nuestro extranjero bañado, afeitado y rizado el pelo, con un frasco de quinina bajo el brazo y buscando habitacion para vivir. Muy fácil le hubiese sido hallarla cómoda, elegante y á bajo precio, á no estar en la época de la exposicion; pero este endemoniado certámen de la industria que iba á traer á París cuatro, por lo menos, quintas partes de la humanidad, hace que los alquileres valgan tanto como en épocas comunes valdria puesta en venta la habitacion.

(Concluirá.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.



#### PELIGROS DE MADRID.

En el cuarto principal interior que figura en la lámina como primero del centro, vive un infeliz que se ocupa en escribir novelas históricas á 25 duros el tomo. La vecindad no puede ser

mejor para el objeto que se propone, segun comprenderá el lector sabiendo que las casas en Madrid son jaulas de pino divididas por tabiques de papel.



## NOSTALGIA.

POR

**D. Antonio de Trueba.**

Y añadió dirigiéndose al ordinario:

—Me vuelvo con V. á Vizcaya.

Estas palabras, lejos de conmover á D. Lucas y al ordinario, hicieron reír á este y encolerizarse á aquel, que murmuró alzando el puño sobre la cabeza del niño:

—¡Si fuera hijo mío, le rompía la crisma!

Pero D. Juan salió á la defensa del niño, separando con violencia á su sobrino y exclamando:

—¡Lucas! he dicho que no tienes que tocar al niño, y quiero que se me obedezca. Si es torpe, si es encogido, si está cortado, recuerda lo que eras y cómo estabas cuando viniste á Madrid. Y V., señor carretero, debe saber que no se trata á los racionales como á las mulas.

—Andar V., señor D. Juan, yo decir por broma, contestó el ordinario con tono meloso. Decir mutil como tratarte yo en el camino.

—Cargándome de pañuelos de contrabando para que me hubieran llevado á la cárcel si me hubiesen registrado en la puerta, le interrumpió Angel.

—¡Buen modo de cuidar de la inocente criatura que se le había conflagrado! exclamó D. Juan mirando con indignación al ordinario. Quitese V. de mi presencia, porque estoy tentado de dar parte á la autoridad para que reciba V. el merecido castigo.

—Pero señor D. Juan, ¿V. hacer caso del mutil? Si....

—He dicho á V. que se quite de mi presencia.

—Estar bien, señor D. Juan. Yo sentir mucho incomodar á V.; pero....

—No hay pero que valga. He dicho que está V. aquí demás. El carretero no se atrevió á replicar y desapareció murmurando:

—Rayo bat, ¡milla demonio bat!....

D. Juan acercó una silla á la chimenea y se sentó al lado de Angel, que había cesado de llorar algo mas consolado ya, viendo que no todos le trataban con dureza en aquella casa, que había quien sacase la cara por él y le proporcionase consuelos algo parecidos á los que desde que abandonó el seno de su familia echaba de menos.

D. Lucas, amostazado porque su tío se interesaba por el recién venido y había reprendido su falta de humanidad, se había retirado al escritorio y por consiguiente quedaron solos Angel y D. Juan.

Era este natural del pueblo del niño, y aunque había venido á la corte de tierna edad, y por lo comun absorbían todos sus pensamientos y acciones los asuntos comerciales, no por eso había renegado del país nativo ni olvidado á sus parientes.

—Vamos, Angel, dijo al niño con cariñoso acento, dándole con la palma de la mano en el hombro, hablemos un rato de nuestro pueblo, porque tú traerás muchas y grandes noticias de aquella gente. ¿De quién te despediste al partir?

—De todos los parientes y los vecinos.

—¡Hola, hola! Entonces verías á mi hermano, ¿no es verdad?

—Sí señor. Me dió muchas memorias para V., para doña Juana y para D. Lucas....; pero á D. Lucas no quiero dárselas.

—¿Por qué, hijo?

—Porque me riñe.

—¡Eh! no hagas caso de eso, hombre. ¿Con que te dieron memorias?

—Sí señor, y particularmente el señor cura.

—Estará muy viejo el cura ¿no es verdad?

—No señor, si le viera V. andar de caza por aquellos cerros, diría que no tiene cuarenta años. Como no hay en el pueblo, quien no rece todos los días porque Dios le dé salud, no tiene un dolor de cabeza.

—¿Con que tanto le quieren?

—No le han de querer, ¡si es un santo! Yo no le podré olvidar nunca porque era mi maestro.

—¿Tu maestro? ¿De qué?

—De leer, de escribir, de contar, de latin, de matemáticas....

—¡Muchacho, muchacho! ¿Con que todo eso has estudiado?

—Sí señor, gracias á su hermano de V. que es un sabio.

D. Juan continuó haciendo al niño infinitas preguntas que demostraban el cariño que conservaba al país nativo, y á las que Angel contestaba con un despejo y un desembarazo que encantaron al banquero y que formaban notable contraste con la cortedad y la torpeza que el pobre niño había mostrado pocos momentos antes. Cuando mas embebido se hallaba en aquella conversacion, se presentó á la puerta del despacho el criado que poco antes llamaba *rocín venido* al niño y le dijo.

—Señor, dice la señora que está la mesa en la sopa.

El banquero se echó á reír oyendo esta inversion de palabras y se encaminó al piso principal.

## IV.

No estaba la mesa en la sopa; pero sí la sopa en la mesa, y Doña Juana, la esposa de Quijano, esperaba á este con impaciencia, no porque su estómago estuviese necesitado, sino porque su carácter irascible y dominante no podía sufrir que se le hiciese esperar.

Doña Juana, que había entrado de criada y salido por ama en casa de D. Juan Quijano, tenía el cronómetro atrasado, pues aseguraba tener treinta años y su cara y su partida de bautismo la daban cuarenta. Poco diremos de su físico: diremos únicamente que las criadas que despedía cada semana, la saludaban al bajar por última vez la escalera con los epítetos de *dientes de caballo*, de *escuero* y de *ojos de gato*. En lo moral era Doña Juana la personificación de la antítesis: en ella alternaban la vanidad y la modestia, la avaricia y la largueza, la crueldad y la compasión, la elegancia y la charrería. Hoy se la veía hacer alarde en una tertulia, compuesta de personas distinguidas, de no haber roto hasta la edad de catorce años mas calzado que el natural, y mañana despedía á una criada porque la pobre muchacha había dicho sencillamente al carretero que la leyese una carta de su novio, *pues su señora no sabía leer*: ahora despedía á un pobre con la abominable blasfemia: «Vaya. V. á San Bernardino,» que en boca de los que pueden y no quieren sustituye á la piadosa súplica de «perdone V., hermano,» que usan los que quieren y no pueden, y sabiendo luego que el albañil de la boardilla estaba enfermo y necesitado, le enviaba un abundante socorro: por la mañana daba una tortilla al perro porque había mordido al gato, y por la tarde daba otra al gato porque había arañado al perro; el miércoles paseaba en el Prado vestida de terciopelo, y el jueves paseaba en el mismo sitio vestida de indiana.—Somos tan prolijos para que no se achaquen al pintor las inconsecuencias del original.

Doña Juana dominaba de tal modo á su marido, que la voluntad de este se hallaba completamente sometida á aquella. D. Juan temblaba ante una palabra ó un gesto amenazador de su mujer, y mas de una vez le arrojó esta un cuchillo ó le zurró con un zapato, porque el honrado banquero en vez de recogerse á las nueve de la noche se recogió á las diez.

—Vamos, dijo Doña Juana á su marido cuando D. Juan entró en el comedor, yo creí que era menester echar á V. memorias para que viniese á comer. ¿Piensa V. que yo estoy aquí para sufrir calzoneras de nadie? Pues está V. muy equivocado.

—¡Qué cosas tienes, Juanita! dijo D. Juan, frotándose las manos y sonriéndose con zalamería. Tienes un genio, que ni la pólvora de Ruidera.

Y el banquero se sentó, hizo plato, y como se le diera á su mujer, esta le rechazó tan bruscamente, que derramó su contenido en el mantel.

—¡Tengo yo manos para servirme! dijo.

—Como gustes, Juanita, contestó D. Juan humildemente.



Y siguieron comiendo en silencio, por mas que el banquero dirigiese de cuando en cuando la palabra á su mujer en tono halagüeño.

Al fin Doña Juana se decidió á romper el silencio preguntando á su marido:

—Y ¿cuáles eran los importantes quehaceres que V. tenia para tenerme aquí media hora esperando?

—¡Media hora! ¿por qué no has dicho una, hija?

—¡A mí no me contradiga V.! exclamó Doña Juana con un gesto terrible. Yo digo mas verdad que V. y toda su casta.

—Vamos, no te incomodes por tan poca cosa. Los quehaceres que tenia no eran muy grandes que digamos: estaba charlando con el chico.

—¿Con qué chico?

—Con Angel.

—¿Ha venido ya?

—Sí, mujer. Pues qué ¿no lo sabias?

—No señor, nadie me ha dicho nada. En esta casa soy yo la última palabra del credo..... Pues no señor, no debe ser así, ni lo consentiré de aquí en adelante, porque aquí yo soy el ama, ¿lo entiende V.?

Y Doña Juana al decir esto arrojó el tenedor con tal furia, que hizo pedazos un plato.

—Pero por Dios, Juanita.....

—No me replique V., porque le clavo el cuchillo en el pecho.

El banquero hizo un movimiento hácia atrás porque su mujer había cogido el cuchillo y le apretaba convulsivamente.

Al fin el silencio y la mansedumbre de su marido desarmaron á aquella furia.

—¿Y cuándo ha venido el chico? preguntó.

—A las dos. Hija, yo creí que te lo había dicho el criado.

—No me ha dicho nada. Ese Rosendo es un bruto, y hoy mismo le voy á poner de patitas en la calle. Mire V. el modrego del chico no haber subido á saludarme.....

—Pero mujer, ¿qué sabe él?.....

—Ya sabia que en esta casa yo soy el ama.

—Si ha llegado muerto de frio, y luego ese majadero de Lucas ha empezado á reñirle, y el pobre muchacho se ha cortado.

—Yo le avisaré con las correas de la ropa.

—No seas tonta, Juanita: para avisarle, como tú dices, se necesitan caricias y no correas. He dicho á Lucas que cuidado conmigo si le toca al pelo de la ropa. A tí no te digo lo mismo, porque tienes mejor corazon que mi sobrino, y estoy seguro de que Angelito ha de encontrar en tí una mujer que le haga no echar menos el cariño de su madre. Como que ya está deseando verte, y lo primero que ha hecho ha sido preguntar por tí.

Esta mentira del banquero reconcilió á Angel con Doña Juana, que admitiendo una fineza de su marido, dijo:

—¿Pero qué hace esa criatura en el escritorio?

—¿Por qué no le habeis mandado subir á tomar algo en cuanto ha venido? Probablemente estará en ayunas, mojado, muerto de frio.....

—No, ha dicho que no tenia gana de tomar nada, y en cuanto á calentarse, está en mi despacho sentado á la chimenea.

—¿Y por qué le ha reñido Lucas?

—¡Cosas suyas! Toma, por nada, porque ha dicho que le gusta mas su pais que Madrid.

—¡Ave-María purísima! Pues eso no era para reñirle. Aquí me tienes á mí que á Dios gracias nada me falta, y con todo eso me muero por mi pueblo. ¡Rosendo! añadió Doña Juana llamando al criado de los equívocos, que venga el chico que está en el despacho del señor.

—¿Quién, el rocin-venido? preguntó el asturiano con maliciosos sonrisas.

—¡Bárbaro! exclamaron Doña Juana y su esposo; si vuelves á divertirme con Angel, tomas la puerta mas pronto que la vista.

El asturiano bajó la cabeza, poco satisfecho del éxito de sus gracias, y habiéndose retirado volvió un instante despues con el niño.

Angel saludó con bastante desembarazo á la señora; y como

esta le diera un dulce, acabó de perder su cortedad, y contestó con despejo á las mil preguntas que durante un buen rato le hicieron ambos esposos.

—¿Te acuerdas mucho de tu madre? le preguntó Doña Juana.

—Sí señora, contestó el niño.

—Pues como seas bueno, yo te querré y te cuidaré como ella.

—¡Gracias, señora!..... contestó el niño. Y sus ojos se arrastraron en lágrimas..... ¡Lágrimas de alegría y de ternura!

El banquero y su mujer se levantaron de la mesa.

—Estate aquí, hijo, dijo Doña Juana á Angel, que ahora vais á comer tú y los compañeros.

## V.

Un instante despues pasaron al comedor D. Lucas y los dependientes, y se sentaron á la mesa. Angel permanecía en un extremo del comedor con la cabeza baja, acobardado, sin atreverse á alzar la vista á D. Lucas.

—Acércate á la mesa, salvaje, le dijo el sobrino de Quijano: vamos, lo mejor será que vuelvas á guardar cabras á Vizcaya.

El niño se regocijó, y al mismo tiempo se sintió herido en el corazon al oír estas palabras: se regocijó á la idea de volver á su pais, y sintió su corazon lastimado ante la reconvenccion de inepto que se le dirigia. Acercóse á la mesa con timidez, mas no se acercó tanto como debiera en concepto de D. Lucas, pues dándole este un puñetazo en la espalda echó un *pecado* como llaman los niños á ciertas interjecciones.

—¡Acércate mas, bruto! La culpa tiene quien no deja en el campo á los animales ó no les pone pesebre en lugar de mesa.

Todos los dependientes del banquero se echaron á reír celebrando el chiste de D. Lucas.

Y en tanto el pobre Angel derramaba un torrente de lágrimas, y comparaba las caricias de su familia con aquellos bárbaros ultrajes.

—¿Qué, ¿no comes? le preguntó D. Lucas.

—No tengo gana, contestó el niño.

—Mejor, así estarás libre de indigestiones y disminuirán la carnaza que tienes sobre los ojos y esos carrillos de monja boba.

Angel, por única contestacion, continuó llorando y suspirando por sus padres, por sus hermanos, por los compañeros de su niñez, por sus queridas montañas de Vizcaya, donde tan libre, tan querido, tan feliz había vivido.

Y los dependientes de Quijano siguiéronle escarneciendo y riéndose de él sin compasion, como si aquel niño fuera un cuerpo sin alma, como si le considerasen sin corazon para sentir!

Las almas sensibles se irritan, se indignan, se sublevan ante la inhumanidad con que comunmente son tratados en las grandes poblaciones y particularmente en Madrid los jóvenes recién llegados de la aldea. ¡Llega un desventurado niño que nunca se había separado del seno de su familia, donde si no tenia riquezas y comodidades tenia cariño y tierna solicitud; llega comunmente muerto de frio, rendido de cansancio, hambriento muchas veces, desconsolado siempre, y en lugar de proporcionársele el cariño y consuelos que necesita entonces mas que nunca, se le escarnece, se burlan todos de su inocencia, de su debilidad, de sus lágrimas, de su rudeza, de su lenguaje! Los que tal hacen, no blasonen nunca de honrados, ni de humanos, porque todos los corazones generosos se aunarán para arrojarles á la cara un solemne mentís, para decirles que abrigan una alma vulgar, si es que no una alma de hiena.

Durante la primera tarde que Angel pasó en casa de D. Juan Quijano, fué víctima de la bárbara costumbre que execramos: abusóse indignamente de su sencillez obligándole á una porcion de actos que repugna enumerar, y por último se le hizo creer que cuantos llegaban á Madrid por primera vez necesitaban ser pesados para satisfacer ciertos derechos arreglados á su peso. Colocóse en una balanza donde se le tuvo largo rato casi descoyuntando su delicado cuerpecito; y cuando cesó aquella especie de martirio, que recuerda los inventados por Diocleciano y Torquemada, tuvo que sufrir otro quizá mas doloroso, el de las



burlas de sus verdugos que herian su corazón desapiadadamente.

¡Y los dependientes del banquero, aquellos hombres barbados que, como todos los hombres, estaban obligados á proteger al débil y consolar al triste, á cumplir graves y santos deberes en la sociedad, se creyeron satisfechos de su obra, se creyeron tal vez ricos de talento y de gracia porque habían engañado y martirizado á un niño que por primera vez de su vida lloraba lejos de sus padres y de las queridas montañas de su patria!

¡Y la pobre criatura tuvo que sellar sus labios: ni aun tuvo el consuelo de quejarse de aquel bárbaro trato á D. Juan, porque se lo prohibieron sus verdugos con amenazas que le infundieron nuevo terror y nuevo desconsuelo!

## VI.

La familia de Quijano dormía en el piso principal, á excepción del dependiente mas moderno, y los perros, que dormían en el piso bajo destinado casi en su totalidad á las oficinas.

Los perros *Leon* y *Pilis* dormían en el despacho del banquero, que era una pieza elegantemente amueblada, y el dependiente en un cuartito alumbrado por una especie de tragaluz, húmedo, colocado en un pasillo constantemente barrido por el aire que venía de la calle, y el que venía de un patio situado en la parte opuesta, y amueblado con una cama compuesta de un tablado de pino, un colchón, dos sábanas, una manta y una almohada, una percha con dos garabatos y grandes colgaduras de telaraña pendientes de las bovedillas.

Antiguamente dormía el dependiente menor en un excelente cuarto del piso principal; pero D. Lucas lo había arreglado de otro modo mucho antes de la época á que nos referimos, porque aunque no era muy dado á los libros, se le alcanzaba algo de *higiene parda*, y decía que los dependientes enfermaban á causa del tránsito repentino de lo incómodo á lo cómodo, de una cama dura á una cama blanda, de una habitación buena á una habitación mala. Su tío quiso oponerse á aquella innovación, sosteniendo que lo que hacía enfermar á los dependientes era el mal trato que les daba D. Lucas; pero este sostuvo su teoría con tan fuertes argumentos, que el pacífico banquero hubo de asentir por quitarse de ruidos. Los dependientes siguieron enfermando; pero D. Lucas aseguró á su tío que no había tales carneros, pues lo hacían para que se los dejara dormir arriba, y el bueno de D. Juan, que tenía bastante que hacer con las camorras de su esposa, y se acostumbraba á todo fácilmente, no quiso andar mas en dimes y diretes, y se acostumbró al sistema celular establecido por su sobrino.

Cenaban casi simultáneamente los principales y los dependientes, sirviéndose á estos las viandas sobrantes de la mesa de los primeros, y D. Lucas, que según hemos visto, se sentaba ordinariamente al mediodía á la mesa de los dependientes, se sentaba á la de sus tíos á la noche y los días festivos, es decir, siempre que el despacho estaba cerrado. Aunque el sobrino del banquero no podía tolerar que los dependientes fumasen, tenía una afición desmedida al tabaco; pero nunca fumaba delante de su tío, lo cual es muy fácil de explicar: D. Lucas fumaba cuando necesitaba ocultarse, y cuando ya no lo necesitó siguió ocultándose por costumbre y quizá por no dar su brazo á torcer, pues en otros tiempos había jurado y perjurado á su tío que hasta el olor del tabaco le trastornaba. Levantábase de la mesa con el bocado en la boca y pasaba á la cocina donde comían los dependientes, preparando su cigarro, que no encendía por temor de que sus tíos lo oliesen, y tomando una luz daba la voz de «¡A acostarse!» al dependiente menor. Este solía estar á mitad de la cena, como que los principales llevaban siempre un plato de ventaja; pero D. Lucas estaba rabiando por fumar, y el dependiente no tenía mas remedio que levantarse de la mesa, dar las buenas noches á toda la familia empezando por los principales y seguir á D. Lucas que bajaba la escalera dando cada chupada que valía un doblón.

(Continuará.)

## AL MONASTERIO DENOMINADO DE LA PEÑA (1).

Esa que ves altísima montaña,  
la plantó Dios en el inmenso llano:  
mira allí al Tajo, que los campos baña,  
y allá la mar en el confin lejano....  
de enormes rocas sobre eterno asiento,  
de los siglos el paso desafía;  
y cual gigante torre y atalaya,  
vé á sus plantas yacer la humilde playa  
y su cerviz eleva al firmamento.  
Allí latiendo el pecho generoso,  
bañado el rostro en llanto de alegría,  
el monarca piadoso  
las anheladas velas descubría:  
al súbito contento  
falta la voz y aliento;  
á Dios levanta los humildes ojos,  
y un voto hace ferviente;  
en tanto que á sus pies arrodillado  
vése el héroe esforzado  
que al sol robó las llaves del oriente.  
De austeros cenobitas  
esa fué la mansion, ese el asilo:  
del mundo aislados, cual la misma roca,  
sereno el pecho, el ánimo tranquilo,  
ruda tormenta, del sagrado albergue  
un día los lanzó: mas la memoria  
del gran monarca vivirá por siempre,  
cual de Vasco inmortal la eterna gloria;  
y es común voz que en la callada noche  
suelen allí vagar sus sombras graves;  
en tanto que en las nubes se retrata  
la imagen fiel de las ansiadas naves.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

(1) Lo fundó el rey D. Manoel en una altura, desde la cual descubrió las naves de Vasco de Gama.

## La primera lágrima.

El capullo de la flor,  
al hacer al alba dueña  
de su perfume y color,  
la lágrima del dolor  
entre sus hojas enseña;

y al aparecer la aurora  
por el sonrosado Oriente,  
con su voz dulce y sonora,  
al par que lágrimas floran  
dá suspiros al ambiente.

El hombre en son dolorido  
también al nacer se queja;  
¿su penetrante alarido,  
será por haber nacido  
ó por el mundo que deja?

EDUARDO GASSET.

## SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Moisés recibe de Dios las tablas de la ley y las muestra al pueblo.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.